

NIETZSCHE, F., *Scritti giovanili 1856-1864*, ed. de Giuliano Campioni y Mario Carpitella, Milán, Adelphi, 1998, 574 página

En una edición muy cuidada, tanto en lo que respecta al establecimiento de los textos como al aparato crítico de notas y aclaraciones histórico-filológicas, comienza por fin la publicación, dentro del marco de la edición italiana de las *Opere di Friedrich Nietzsche*, iniciada por G. Colli y M. Montinari, de los escritos juveniles de este autor. El que presentamos es el volumen I, tomo I, que contiene una selección de los escritos de Nietzsche entre 1856 y 1864 en la que se reúnen apuntes autobiográficos, poemas, esbozos de piezas teatrales, fragmentos de diarios, relatos de viajes, cartas, notas de lecturas, trabajos escolares, etc, como material insustituible para conocer el pensamiento de Nietzsche desde sus comienzos y analizar las influencias que ha sufrido en sus años de juventud.

La lectura de estos textos permite vislumbrar ideas y tendencias todavía informes, pero ya interesantes en el Nietzsche adolescente. Es una escritura que testimonia una asombrosa riqueza de intuiciones nuevas, de percepciones inusuales y de impulsos revolucionarios. Su aspiración es la de producir una civilización rica, renovada, llena de pureza y de fuerza. Muchacho precoz y reflexivo, Nietzsche ha crecido en una atmósfera piadosa y melancólica entre clérigos y señoras devotas. Pero sus lecturas en Pforta de autores griegos y latinos, así como de escritores modernos, poetas y filósofos, han ejercido sobre él una influencia poderosa y duradera. Los biógrafos han tenido razón en insistir sobre los ascendientes de Nietzsche por parte de padre, oriundos de Polonia y refugiados en Sajonia y Turingia tras huir de su país a causa de su religión protestante. Pues resulta curioso observar cómo este celo religioso, como patrimonio familiar, se ha modulado de modo particular en Sajonia, tierra de reformadores violentos, de predicadores enfervorizados y de eruditos refinados. No es de extrañar, por tanto, que también aquí, o sea ya desde el principio, aparezca ante el lector un cúmulo bastante caótico de cosas en el que se puede ver hasta qué punto Nietzsche era refractario a cualquier tipo de disciplina o metódica intelectual. Cualquiera que fuese el objeto de sus estudios, autores antiguos, filosofía, música, etc., la disciplina sólo vale como punto de partida. La verdadera vocación de Nietzsche está fuera de un cultivo erudito y ordenado del saber, siendo más bien el suyo el talante apasionado de un reformador que busca producir una modificación de tipo práctico o moral en el ámbito social y cultural.

La práctica totalidad de los escritos recogidos en este volumen pertenecen a los años que Nietzsche vivió en la Escuela real de Pforta, donde tuvo enseñantes excelentes en letras clásicas y una cierta libertad para abandonarse a ensoñaciones románticas y vagabundear a través de las literaturas de todos los países. Está fuera de toda duda la seriedad y brillantez con la que estudió a los autores griegos. En sus trabajos escolares sobre los poemas líricos y políticos de Teognis de Megara (redactados en el verano de 1864), la palabra bueno significa ya, para Nietzsche, aristócrata, y la

palabra malo significa plebeyo, en un primer esbozo de lo que luego desarrollará en su *Genealogía de la moral*. Sin embargo no son sólo las humanidades las que contribuyen a forjar el espíritu de Nietzsche. La poesía heroica y lírica, que estudia con fervor en este tiempo y a la que rinde un culto apasionado, tuvo también su parte de influencia, como lo reflejan muchos de los poemas que este tomo recoge. En julio de 1861 Nietzsche redacta su *Ermanarico, rey de los Ostrogodos*, tema sobre el que vuelve en octubre de 1863 en *La formación de la saga del rey ostrogodo Ermanarico hasta el siglo XII*. Estos textos, junto con otros como *Sobre las composiciones dramáticas de Byron* (diciembre de 1861), constituyen la ocasión óptima para captar la profunda afinidad del joven Nietzsche con determinados motivos del romanticismo: la revuelta prometeica, la lucha contra la tradición y la superstición, la soledad, la vinculación entre el amor y la muerte, etc. Concretamente, el tema de la imposibilidad de la felicidad y del amor, y el sufrimiento de esta experiencia, contienen para el joven Nietzsche un significado revelador sobre la naturaleza trágica de la verdad, que no puede ser atenuado por ningún exorcismo edificante. Por ello, y a este respecto, no es ocioso recordar cómo este tema del consuelo y de la mixtificación fue luego el tema típico del *Parsifal* wagneriano, que provocó la más radical, decisiva e intransigente oposición del maduro Nietzsche. Así, ya tempranamente, la vida asume en el pensamiento de Nietzsche una belleza extraña, o sea la belleza de la tragedia cuando el hombre es capaz de conocerla y de afirmar su dignidad, afirmación que hará de él un superhombre. El *Manfred*, de Byron, es torturado y sufre, pero en el fondo de su alma siente un sereno reconocimiento a la grandeza de la vida que le hace, al fin, capaz de una extraordinaria serenidad frente a la muerte.

Desde luego no es de extrañar que al muchacho Nietzsche le impresionen los temas y los autores románticos. No en vano Pforta fue durante medio siglo uno de los hogares intelectuales del romanticismo alemán, y Koberstein, uno de los primeros historiadores del movimiento romántico, que era enseñante en Pforta, tenía en Nietzsche a uno de sus alumnos preferidos. Destaca en este contexto la influencia de Hölderlin, que transmite a Nietzsche un cierto desprecio hacia los alemanes por olvidar su verdadera misión educadora y reformadora de la cultura y entregarse a un utilitarismo optimista. Tal vez fue Hölderlin quien puso realmente en guardia a Nietzsche sobre el pernicioso medio alemán, advirtiéndole contra los abusos de la ciencia y de la pedantería de sus compatriotas al mismo tiempo que le revela una Grecia musical, mística y mórbida, a la que no había accedido el apolinismo de la visión clasicista predominante.

No obstante, esta simpatía por el titanismo y el heroísmo románticos no impide a Nietzsche admirar y aprender también de los autores clasicistas. Entre ellos es la poesía lírica de Goethe la que más le impresiona y hasta obsesiona. De aguda sensibilidad artística, adora el estilo de Goethe por la riqueza de pensamientos profundos y claros como el oro que contiene y por su vasta cultura. Nietzsche veía personificada en él la fuerza creadora, la que produce sin descanso y para la que cualquier cosa

es motivo de creación, pues en Goethe el genio natural va unido a un saber universal y a una voluntad infatigable de investigación. También es perceptible la importancia de la influencia de Schiller, aunque de otro orden. De la obra de este gran poeta trágico Nietzsche admira la voluntad heroica de la libertad, y la lucha titánica contra oscuras tradiciones religiosas y opresivas estructuras políticas anquilosadas. Y tal vez es en él en quien encuentra de un modo más determinante el sueño de resucitar en la modernidad el genio griego.

También es interesante observar cómo el Nietzsche de estos primeros años dedica tiempo al estudio de la historia en general y de la Revolución francesa en particular, pudiéndose encontrar en sus composiciones tempranas los gérmenes de sus críticas posteriores a la filosofía de la historia. Tratando de comprender cómo habría que situar a una gran personalidad histórica en el mundo moderno, se precata de cómo sólo necesidades vitales pueden dirigir y determinar el desarrollo integral de una individualidad fuerte. Asimismo es evidente el cambio que se produce en su actitud frente a la religión, desde que en una lista escrita en 1859, cuando tiene 15 años, todavía pone la religión como una materia a estudiar en cuanto fortaleza de todo saber, hasta que se separa por completo de este propósito. La crítica histórica, precisa, incisiva, que se aplicaba en Pforta a la interpretación de los textos bíblicos tanto como a los textos profanos, le orientó en una dirección distinta a la que su ambiente familiar le había abocado. Se vió desde entonces en la necesidad de optar entre la ciencia y la fe que él juzgaba incompatibles. En este sentido, sus trabajos literario-filosóficos de esta época, de los que *Hado e historia* (abril 1862) y *Reflexiones sobre el cristianismo* son destacables, manifiestan una necesidad cada vez más creciente de claridad y de unidad en el plano del conocimiento como primera meta a conseguir. Esta búsqueda se hace acuciante en una situación en la que se echa en falta la coherencia y un tipo de comprensión más amplia de su propia problemática personal.

Los textos de Nietzsche, traducidos del alemán por Mario Carpitella, han sido enriquecidos por una detallada cronología que resume el contexto biográfico del Nietzsche de estos años, y de una gran abundancia de notas de los editores Carpitella y Campioni con indicaciones muy útiles para la comprensión y el estudio del primer pensamiento nietzscheano.

Diego SÁNCHEZ MECA

SÁNCHEZ MECA, Diego, Schopenhauer, *El Dolor Del Mundo y El Consuelo De La Religión*. Aldebarán Ediciones, S.L., Madrid, 1998.

Esta obra nos descubre con gran sensibilidad y acierto aquellos aspectos que marcaron enormemente a Arthur Schopenhauer, concretamente el dolor del mundo y las reflexiones acerca de la religión como consuelo. El autor partiendo de un estudio